

Filosofía y Educación Universitaria

Santiago de Aníta, S. J.

Introducción.

Tal vez la filosofía está en decadencia. Robert Hutchins ha expuesto dramáticamente este ocaso de la enseñanza filosófica en las universidades. Señala que en la educación universitaria anterior al siglo XIX, la filosofía y la teología ocupaban un lugar destacado y eran la preocupación principal de las instituciones de enseñanza superior. Hoy, sin embargo, la "filosofía" se ha convertido en un departamento más de las facultades universitarias, como el de mineralogía, botánica o lenguas eslavas. Más aún; si consultamos a los científicos, veremos que, en su opinión, el departamento de filosofía es quizás el menos importante.¹

Hoy perseguimos el mito de la eficacia, de la técnica, de lo práctico. No nos importa tanto conocer al mundo, cuanto revolucionarlo. Estimamos más a un técnico especializado que a un filósofo abstraído. La filosofía ha pasado a ser, casi exclusivamente, una ciencia clerical y, aún más, jesuítica.

Sin embargo, los grandes científicos, los revolucionarios de la ciencia han visto lo pernicioso de esta separación. Luis de Broglie, el padre de la teoría ondulatoria, escribe: "En el siglo XIX se produjo una separación entre los científicos y los filósofos. Los científicos vieron con algo de recelo las especulaciones filosóficas, las cuales, con demasiada frecuencia, les parecieron que carecían de

formulación precisa y que atacaban problemas insolubles y vanos. Los filósofos, a su vez, ya no se interesaron en las ciencias especiales, porque sus resultados les parecían demasiado estrechos. Esta separación, sin embargo, ha sido perjudicial tanto para los filósofos, como para los hombres de ciencia".²

I. CONSECUENCIAS DE LA SEPARACIÓN ENTRE FILOSOFIA Y CIENCIA.

a).—La deshumanización de la ciencia y del científico.

La Encyclopædia británica hace una contraposición entre la educación vocacional y la mal llamada educación liberal.³ Y señala la deshumanización que aquella lleva consigo. Quizá estamos consiguiendo un rápido avance técnico, pero a costa de una incomprendión del hombre y de sus problemas fundamentales.

Por eso Ortega y Gasset llega a calificar a estos científicos de "sabios ignorantes". Las palabras de Ortega en su obra "La rebelión de las masas" son graves: "No es un sabio, porque ignora formalmente cuanto no entra

1.—HUTCHINS, Higher Learning in America, (New Haven, Yale University Press, 1936).

2.—DE BROGLIE, L'Avenir de la Science, (París, 1941).

3.—Encyclopædia Britannica, cap. Educación, vol. XVII.

en su especialización; pero tampoco es un ignorante, porque es "un hombre de ciencia" y conoce muy bien su porciúncula de universo. Habremos de decir que es un sabio ignorante, cosa sobremanera grave, pues significa que es un señor que se comportará en todas las cuestiones que ignora, no como un ignorante, sino con toda la petulancia de quien en su cuestión especial es un sabio".

Ortega llega a comparar a estos científicos con máquinas perfeccionadas.

Quizá por esta deshumanización de las ciencias abstractas es por lo que nuestros jóvenes de bachillerato, en general, encuentran tanta dificultad y tan poco interés por ellas, mientras que estudian con gusto las materias humanistas: historia, literatura, etc.

b).—La sabiduría, objetivo de la educación universitaria.

La universidad, además, tiene como objeto formar hombres pensadores, no meros técnicos en su ramo. HUTCHINS vuelve a recalcar: "El fin de la educación superior es alcanzar la sabiduría. Y esta es el conocimiento de los principios y de las causas. Por lo tanto, la metafísica es la sabiduría más alta".

WHITEHEAD es de la misma opinión: "El espíritu de generalización debería dominar una universidad... Durante el período escolar el estudiante ha estado mentalmente inclinado sobre un pupitre; en la universidad, debería ponerse de pie y mirar a su alrededor... la función de la universidad es capacitarlo para dejar de atender a los detalles y comenzar a fijarse en los principios".⁴

La pura técnica no puede ser sino una parte de la educación universitaria. No debemos dejar de formar hombres prácticos, eficaces, que sepan llevar a la práctica lo que aprendieron. Somos opuestos a todo intelectualismo teorizante puro. No necesitamos médicos o ingenieros teorizantes. Pero tampoco tendremos verdaderos investigadores, aun en las ramas más prácticas, si no vamos en nuestra educación universitaria más allá de la mera técnica.

c).—Técnica y comprensión de la misma naturaleza.

HERBERT DINGLE inauguró su curso de Filosofía e historia de la ciencia en la Universidad de Londres con una conferencia so-

4.—WHITEHEAD, Aims of Education.

bre "Lo que falta a la ciencia". Y se lamentaba en 1947 de la desproporción que había entre la técnica y la comprensión profunda de la misma: "Me propongo preguntar cómo puede ser que una generación tan asombrosamente eficaz en la práctica de la ciencia puede ser tan sorprendentemente impotente para comprenderla. Y la tesis que me propongo exponer es la de que el estado de automatismo inconsciente de sí mismo, en que la ciencia se encuentra hoy, se debe a que, a lo largo de toda su historia, ha carecido de una escuela crítica, que trabaje dentro del movimiento científico mismo y cumpla la función, o al menos una de las funciones, que la crítica ha desempeñado para la literatura desde los tiempos más antiguos".⁵

La formación universitaria no se puede reducir a una mera práctica. El ingeniero eléctrico no puede ser un electricista más especializado, ni el médico un enfermero con más estudios. Entre el técnico y el científico ha de darse una separación cualitativa, no meramente cuantitativa. El maestro de obras no puede ser un ingeniero quedado a medio camino. La verdadera ciencia —mejor, el verdadero científico— tendría que llegar hasta el descubrimiento de los primeros principios de la naturaleza y de la materia. Y esto sería ya filosofía. Filosofía siempre en revisión. Y de la crítica de estos principios primeros nacerían los auténticos progresos revolucionarios científicos, como expondremos más abajo.

II.—INTERESES DE UNA FILOSOFIA DE LAS CIENCIAS.

No podemos negar que las grandes revoluciones científicas se han basado en hechos que trascendían a la mera observación. Han sido verdaderas intuiciones filosóficas. La ciencia avanza con las teorías, que en cuanto tales no han nacido de la mera experiencia, sino de hipótesis y principios más altos. Y, a su vez, estas revoluciones científicas han traído consigo una cosmovisión totalmente nueva, con profundas repercusiones en la misma ideología filosófica. Las revoluciones científicas se han basado en lo aparentemente inobservable. La revolución copernicana no se basó en la mera observación natural y la mecánica de Newton introdujo conceptos de masa y de energía distintos a los que usábamos en nuestro lenguaje corriente.

5.—Conferencia inaugural del curso 1947-1948 en el University College de Londres: "El factor que falta a la ciencia".

Y estos descubrimientos produjeron una verdadera llamarada de interés fuera de los mismos círculos científicos especializados. Lo mismo podríamos decir de los descubrimientos de nuestro siglo, que han sido el inicio del adelanto técnico de nuestro tiempo. La teoría einsteiniana de la relatividad ha revolucionado al mundo y no se basaba en una mera observación natural, ni en una mera aplicación técnica de las antiguas teorías sobre el espacio y el tiempo. Supone una revisión más profunda de los mismos conceptos fundamentales, una profundización en la misma naturaleza de las cosas; no es una mera aplicación técnica de la observación natural o de las leyes ya conocidas. Y de manera semejante podríamos pensar sobre la teoría cuántica, que regula el comportamiento de las partículas subatómicas. Esta teoría no podía formularse con los elementos del mero sentido común, ni con los conceptos en boga de velocidad y posición, libertad y determinismo, etc. El mismo concepto de determinismo científico se ponía en tela de juicio. Y este repensar en profundo —no el mero aplicar fórmulas sabidas— es lo que ha revolucionado fundamentalmente la ciencia. Los progresos técnicos, por grandes que sean, apenas son perfeccionamiento de las grandes revoluciones científicas; éstas han tenido su origen en una verdadera ideología. No han sido originalmente utilitaristas y prácticas, no miraban tanto a la aplicación inmediata de las leyes físicas. Se movían en el terreno de lo ideológico, de los principios, de la comprensión del mundo y de sus leyes. Inicialmente las grandes teorías fueron meramente especulativas, sin fin práctico inmediato.

Por eso nos parece absurdo querer hacer de nuestras facultades universitarias meros laboratorios de experimentación y de aplicación de lo anteriormente aprendido. Estamos matando la verdadera fuente del progreso y de la especulación. Y, sobre todo, estamos matando en el hombre el ansia más íntima de solucionar sus problemas más íntimos. O le hacemos encontrarse incómodo ante los problemas, que brotan de su interior, a los que no puede responder y, sin embargo, tampoco puede soslayar. ¿El hombre es pura materia? ¿Qué actitud tomar ante las cosas y ante los demás hombres, ante la vida y la muerte, ante el dolor y la dicha? ¿Tuvo el mundo un principio transcendente? ¿Tiene una finalidad? ¿Tiene sentido?

El científico no puede soslayar estos problemas, por más que lo intente; antes que científico es hombre. Y, como tal, busca con ser insaciable las últimas causas. Y de la solución que les dé habrá de depender necesariamente su misma conducta en el mundo.

III.—FILOSOFIAS VIEJAS Y PROGRESO TECNICO.

Por eso el científico se siente a veces desarmado ante los datos o las nuevas teorías, que le presentan los investigadores. Porque todo hombre tiene su filosofía, más o menos exacta. Y, si no se revisan los principios de esta filosofía, más o menos exacta. Y, si no se revisan los principios de esta filosofía, adquirida con el mismo lenguaje, o con la educación espontánea al absorber como por ósmosis las ideologías del medio ambiente o de los padres, o incluso al interiorizar ciertas creencias deliciosas, que pueden estar también en revisión, el científico se halla en una intranquilidad interior profunda. Puede darse, sencillamente, una verdadera esquizofrenia intelectual: la visión científica del mundo, por una parte, y la visión filosófico-religiosa tradicional, por la otra. ¿Cómo casar los datos del evolucionismo moderno con la imagen tradicional del creacionismo bíblico? Y la falta de evolución en el conocimiento filosófico puede ser incluso una rémora al mismo adelanto científico. WHITEHEAD escribe con razón: "Olvidarse de la filosofía, cuando se emprende la reforma de las ideas, es suponer la corrección de principios filosóficos absorbidos de una niñera, de un maestro de escuela o de los modos de expresión usuales".

El desprecio de la filosofía en las facultades científicas de nuestras universidades pueden llevar —llevan de hecho— o a una inconsistencia ideológica, que convierte a los científicos en meros técnicos, o, lo que es peor, a un anquilosamiento en un ideología trasnochada, que es el obstáculo mayor a todo progreso científico verdaderamente profundo. El pensamiento ha de preceder a la técnica, como la deliberación al acto humano. ENGELS lo enseñó claramente y fue él quien introdujo la revolución más profunda de nuestro tiempo. El marxismo no quiere ser una mera revolución práctica, sino una ideología revolucionaria.

"Los científicos de la naturaleza —escribe⁶— creen que se liberan de la filosofía ignorándola o denigrándola. Sin embargo no pueden avanzar sin pensamiento, y éste requiere determinaciones del pensamiento. Pero toman estas categorías irreflexivamente, de la conciencia común de las personas llamadas educadas, la cual está dominada por reliquias de filosofías, que han estado hace mucho tiempo superadas, o del poquito de filosofía que obligatoriamente tuvieron que aprender en la universidad (la cual, no es sólo fragmentaria, sino que también es una mezcla de opiniones de personas, que pertenece na las más variadas y, la mayoría de las veces, a las peores escuelas) o de las lecturas sin crítica de toda suerte de escritos filosóficos. De ahí que, no por ello dejen de estar sometidos a la filosofía, y quienes más se burlan de ella son esclavos, precisamente, de las peores reliquias vulgarizadas de filosofías pésimas".

CONCLUSION.

Akopados en tales testimonios creen sinceramente, que es preciso planear profunda-

mente una verdadera iniciación y aun especialización filosófica en nuestras universidades, e incluso en nuestras facultades científicas o técnicas. De una recta visión del mundo se desprenderá un verdadero progreso técnico; no al revés. Y, si no capacitamos a los estudiantes universitarios a tener esta visión del mundo en profundidad, caeremos a la larga en un marasmo técnico sin progreso, o desviaremos positivamente los cauces de dicho progreso. Si nuestros estudiantes no tienen una formación filosófica profunda y actual, quedarán en meros técnicos, siempre a la retaguardia de los países pensadores, o serán cautivados por otras ideologías, tal vez peniciosas y fatales. Si el comunismo es una ideología, además de una práctica, no se le puede combatir con métodos meramente prácticos, con la fuerza y la represión; es preciso oponerle una ideología nueva y coherente. El comunismo tiene más fuerza y más atractivo como ideología, que como revolución práctica.

Nuestros países subdesarrollados progresarán a medida que vaya avanzando su formación profunda intelectual.

6.—ENGELS. Dialéctica de la naturaleza (Moscú, 1925). Es el texto clásico de la cosmología marxista.

**Para Colegios, casas comunales, restaurantes, comedores,
donde se requiere equipo de cocina pesado, eficiente,
sencillas de operar, durables.**

Venga a

TROPIGAS

Convénzase pidiendo una demostración al

Teléfono 21-40-04, 21-40-06.

Tropical Gas Company, Inc.